

lugar es peligroso, pero caminar a la deriva, sin brújula, con el cansancio a cuestas, es lo mismo.

Ellos también tienen un sueño común. Yo lo sé, lo he oído de otros tantos que han transitado por estos caminos arenosos. Muchos se han quedado a hacerme compañía. Se han vuelto parte del paisaje y han alimentado con sus cuerpos el voraz apetito del desierto.

No me malinterpreten: yo no decido la suerte. Yo sólo soy esto que ven: arena, cactus, matorrales, tierra seca y polvorienta. Esto soy yo.

Allá, a lo lejos, tras la alambrada de púas con que han partido en dos la geografía, bajo el incandescente sol de este tórrido verano que no acaba de terminar, cientos de hombres quedarán tendidos boca arriba, con sus ojos fijos en el infinito.

Tecún Umán (La pequeña Tijuana)

Fue un día como tantos otros en Tecún Umán, y no hubiera sucedido nada extraordinario de no ser por el jaleo de las mujeres que hacían la caridad a la Toña, llevándole un vaso de agua o preparándole un poco de caldo de pollo. Aunque nada de extraordinario tenía el hecho de que alguna de estas mujeres muriera o enfermara, caso tan común en estas regiones dejadas de la mano de Dios.

Sería porque la Toña había sabido ganarse la buena voluntad de sus compañeras o porque su enfermedad les daba motivo para salir de la rutina y tener algo de que hablar, lo cierto es que todas anduvieron alborotadas desde las seis de la mañana, yendo y viniendo de un lado a otro, y hasta en algún momento le pensaron alguna oración.

Con los ánimos exaltados y la preocupación que les había nacido, ya sea por una u otra causa, decidieron dar conocimiento a la señora Torina sobre la gravedad de su compañera:

—¡Seño, Torina!, la Toña sigue mala, 'ta ardiendo en calenturas y el dolor de panza no se le quita. Ya la atiborramos con el té de estafiate y no se le quita. Se está quejando mucho la Toña. No se nos vaya a morir.

—¡Con una chingada!, nomás falta que quieran convertir el putero en hospital —dijo la señora Torina, que en verdad le hacía honor a su nombre por lo descomunal de su rollizo cuerpo y su

metro noventa de estatura. Levantó de golpe las tres últimas cajas de cerveza de media que recién le habían llegado y fue a estibarlas en el cuartucho que le servía de almacén, en donde guardaba, en filas bien organizadas, los artículos domésticos, la despensa y la latería, que al igual que la cerveza y todo lo que a Tecún Umán llegaba, pasaba de contrabando por el cauce del río Suchiate, que sirve de frontera con Ciudad Hidalgo, Chiapas.

La seño Torina, con sus cincuenta años a cuestas pero con la vitalidad de una chamaca de quince y la fuerza del más fornido de aquellos lugares, se ocupaba ella misma de guardar las provisiones, hacer el inventario y llevar las cuentas del putero, como le daba en nombrar a su prostíbulo.

Torina la grande, fue en sus tiempos la flor más bella de Guaraparí, su tierra natal. Trigueña de ojos aceitunados y de una estatura poco común, nunca fue bien vista por su padre, de quien sólo obtuvo regaños, golpes y malos tratos.

Sabiéndose traicionado y sin haber obtenido jamás el nombre del “cabrón, hijo de puta” con el que su mujer lo engañara, y sin poder más con el peso de la burla de que era objeto a cada momento en Guaraparí, un buen día, agarró a la muchacha de las greñas y sin decir nada vino a venderla a unos fuereños que había conocido en la cantina del pueblo y que esa tarde partían con rumbo desconocido. Muchos años rodó Torina de un lado a otro, vendida innumerables veces al mejor postor, así que cuando vino a caer a Tecún y conociendo el teje y maneje de los prostíbulos, no tardó en establecerse en el pueblo, que al cabo de algunos años, como ella misma lo predijo al conocer sus características y darse cuenta de sus múltiples posibilidades, florecería como uno de los principales centros de prostitución de Centroamérica.

Por eso y por su conocimiento de la naturaleza humana en cuanto a estos tópicos se refiere, y bien aleccionada por la vida,

nunca dejó la seño Torina que nadie le ayudara en los asuntos de dinero. Ni siquiera a su hombre le permitía meter mano en su negocio, mucho menos en el almacén, para evitar así, decía, “tener que matar al cabrón o a la puta que tuviera la intención de robarle”. “Tú a tus asuntos”, le decía al *Güilo*, el tipo enclenque que tenía por marido y que también le hacía honor a su apodo.

Todos en Tecún sabían por qué el *Güilo* había caído en las manos de la seño Torina, o más bien, había ido a meterse con todo y cabeza bajo las enormes faldas del mujerón y afanarse, aunque sudando a chorros, por arrancarle los escandalosos gemidos que se escuchaban de aquí hasta la casa de las Salvatierra, que era la más alejada del pueblo y de la que jamás se les vio salir. Era, según tengo entendido, el único lugar en donde se rezaba el rosario por las tardes y adonde no había llegado todavía la prostitución, el narcotráfico y el vandalismo, que señoreaban por todo Tecún, desde que se descubrió como el lugar ideal para estos menesteres debido a la afluencia de tanto indocumentado venido de todas partes de Sudamérica con el sueño guajiro de llegar a los Estados Unidos.

Y es que el *Güilo*, siendo como era, nunca hubiera podido llegar ni siquiera a atravesar el río por el miedo a que se volteara la balsa, hecha de cámaras de camión y unas cuantas tablas amarradas; mucho menos aventurarse a cruzar una extensión tan grande y peligrosa como era el territorio mexicano.

Recién desempleado de Colombia, prefirió despedirse de sus amigos que lo habían arrastrado literalmente hasta acá, y después de desearles la mejor de las suertes, buscó colocarse en uno de los cincuenta prostíbulos de *La Pequeña Tijuana*, como ya era conocida la precaria ciudad, que a la fecha contaba con más de cuarenta mil almas, mitad residentes y mitad de paso.

Los buenos manejos que el *Güilo* hacía de las flácidas y sebosas carnes de la seño Torina le valieron quedarse en Tecún

bajo la protección de su mujer, a quien todos los habitantes respetaban, por no decir que le temían.

La seño Torina puso cerrojo al tablón viejo y apolillado que le servía de puerta al almacén, pasó la cadena y cerró el enorme candado que custodiaba las preciadas mercancías y se dirigió, como alma que lleva el diablo, al inmundo cubículo de la Toña.

Un pasillo hediondo a orines, sin un agujero que sirviera de ventila y con una única puerta al fondo que daba al corral, donde las mujeres hacían sus necesidades y se bañaban de vez en cuando, dividía los siete cubículos de las siete putas que ahí trabajaban, que más bien eran chiqueros con piso de tierra aplanada.

El mobiliario de los cubículos comprendía unas tablas viejas sostenidas por cuatro ladrillos a manera de cama. Sobre las tablas, una colchoneta apestosa y enchinchada, con visibles muestras de haber absorbido, centenares de veces, los fluidos corporales tanto de hombres como de mujeres que hubieron retozado sobre el nauseabundo relleno; había también rastros de sangre seca, causa del período menstrual o la muerte a traición de algún cristiano, que en mala hora llegó a interrumpirle el goce, o podía deberse también —como era más común— al desflore de alguna chamaca, porque llegaban ahí como enjambre de moscas, por montones; unas por su propia voluntad, intentando completar, con la miseria de sueldo que obtenían, el costo del pasaje... Con el paso del tiempo y olvidando sus sueños de cruzar la frontera, ya sea por olvido solamente o porque era mejor no acordarse de las cosas, se quedaban a vivir en el putero. Otras llegaban como prenda de empeño para obtener a cambio cincuenta dólares, que era lo que la seño Torina pagaba —y era bien pagado— por las que alcanzaban los diez años; las más grandecitas valían menos. Las tarifas ya estaban establecidas y no había forma de

regatear, así que los familiares de las chamacas se tenían que conformar con la cotización y buscar por otro lado el resto de la cantidad que los polleros exigían a los indocumentados para poder transportarlos hasta la frontera norte, que era el destino común de todos los que ahí llegaban, hombres y mujeres que venían huyendo de la miseria, las guerrillas o la represión.

Las tarifas a los indocumentados dependían mucho del lugar de procedencia; por ejemplo, para los lugareños, el cobro era de dos mil quinientos dólares; los hondureños pagaban tres mil, los colombianos debían pagar seis mil dólares y si de casualidad llegaba —y claro que llegaba— algún embarque de orientales, la cuota por persona ascendía hasta los doce mil dólares.

Cuando la seño Torina recibía las chamacas de siete u ocho años, las mantenía un rato como sirvientas hasta que estuvieran más maduras y pudieran aguantar los salvajes empujes de sus parroquianos.

“Yo no comercio con niñas —decía la gigantesca mujer cuando le llegaban con esta mercancía—, pero déjemela aquí a ver en qué puede ayudar por mientras, pero que conste que nada más se la acepto para ayudarle a usted con su pasaje. Las escuinclas así de chiquitas son muy delicadas y hay que cuidarlas mucho”.

Cuando alguna caía enferma, mandaba al *Güilo* a dejarla por ahí, abandonada a las márgenes del río, donde los salvatruchas —que así se les conocía a los asaltantes de indocumentados que estaban en contubernio con los polleros y los narcos— la hacían presa fácil de sus instintos. Hasta diez o quince salvatruchas podían caer sobre la infeliz sin que propios o extraños quisieran darse cuenta de lo que ahí pasaba.

Ésa era la ley en Tecún Umán y la de tantas otras fronteras en el mundo: la del más fuerte, la de la supervivencia, la de la rapiña, la del abuso y la corrupción.

Para las que se morían en el putero, era más fácil, por así decirlo: envueltas de pies a cabeza con su propia sábana maloliente y percutida, quedaban en la fosa común del único panteón que estaba en las orillas del pueblo, y en donde el Tambuco –un negro de las Antillas quien había parado ahí quién sabe cómo, y que sufría un severo retraso mental– la hacía de enterrador.

Era un trabajo que le causaba gran alegría. Sentado a la entrada del panteón, con su pico y su pala al lado, se le veía al Tambuco diariamente, esperando ansioso a sus difuntos. Quién sabe qué pasaba por la limitada mente de aquel negrazo cuyos únicos amigos eran los muertitos, aunque alguna vez se le oyó decir, en las pocas pláticas que tenía con los vivos: “Es que ellos no pegan”, y se daba golpes en la cabeza, enfatizando así su respuesta, insistiendo en que quedara muy clara y sin lugar a dudas. Luego abría desmesuradamente la boca, de labios negros y gruesos, emitiendo un sonido como de chillido de rata, que era su carcajada, dejando al descubierto las enormes encías, presas ya de una avanzada piorrea, que sostenían a duras penas una pobre hilera de dientes diminutos, mal formados y verdosos, y otros que lo habían sido, pero que ahora eran sólo pedazos que colgaban tercamente de la purulenta carne.

Cuando las ganas de mujer le llegaban –aunque esto sucedía muy de vez en vez– y no desahogaba él mismo la urgencia y la mente se le despejaba, bajaba a la calle de los prostíbulos con todo y pala. Las mujeres no querían acostarse con él argumentando la peste a muerto que traía impregnada no en las ropas, sino en el cuerpo.

La Toña era una chamaca de escasos quince años, quien como tantas otras había quedado en empeño en el putero de la seño Torina desde los doce, logrando sobrevivir a un centenar de hombres que ya habían acabado con su inocencia y le habían extinguido el perfume natural de sus carnes.

Permanecía la chamaca acostada en el camastro cuando la seño Torina descorrió la raída cortina que servía de puerta al cubículo de la enferma, pero ya no tuvo tiempo de echarle su perorata plagada de maldiciones y palabras altisonantes, porque mientras la inmensa mujer echaba llave y candado al almacén, la Toña exhalaba su último suspiro, víctima de un dolor de estómago y una calentura que le llegó a los cuarenta y cinco grados, según cuentan sus compañeras; otras dicen que fue por la visita del Tambuco, quien vino a parar con ella después de tocar puertas a los otros cuarenta y nueve prostíbulos de Tecún Umán, de donde lo echaron hasta con orines de borracho, y como la seño Torina no hacía diferencia entre sus parroquianos, le enjaretó la encomienda de hacer gozar al enterrador a la Toña, quien, como ya se sabía, estaba enferma, motivo por el cual no había atendido cliente en varios días; y creyendo la seño Torina que el mentado dolor y la fiebre no eran más que pretextos para tomarse unos días de vacaciones, fue y se lo refundió en el cubículo con la advertencia de cumplir con su trabajo como era debido. Lo cierto es que el putero de la seño Torina gozaba de un enorme prestigio como uno de los que brindaban mejor servicio al cliente.

Creían las mujeres que aquel hedor a difunto que despedía el Tambuco se penetraba en el cuerpo de la que se arriesgara y que era como una maldición de muerte. Discutían todas a la hora del almuerzo, único alimento del día, sobre estas posibles causas del fallecimiento de la Toña, compañera querida y apreciada por todas porque siempre fue muy callada y nunca echó pleito con ninguna ni peleó cliente, ni llevó chisme ni se metió en lo que no le importaba.

Cierto o no, lo que yo creo es que a la Toña no la mataron la fiebre ni sus entrañas putrefactas, ni siquiera el olor a muerte del Tambuco, sino la carga de tanto hombre que se le trepó

encima, los sudores que se bebió, los resuellos que tuvo que respirar, las babas, las vomitadas y la mierda que le dejaron por dentro y que le llegó hasta el alma.

—¡Órale, cabronas, a trabajar!, se escuchó la voz de trueno de la seño Torina. ¡Cuánto amor les entró de repente! La Toña no es la primera puta que se muere ni será la última. Ya estuvo bueno de tanto alboroto. El muerto al pozo y el vivo al gozo y aquí se viene a gozar. Así que se me apuran que ya llegaron los hombres, y si te vi, ni me acuerdo. ¡Bonita la chingadera!

Reanudaron sus actividades, se acabó la congoja y todo volvió a la normalidad.

La Armida, una chamaca de trece años que ya no tuvo tiempo de crecer, dejó el trapo de limpiar y la escoba y ocupó el cubículo de la Toña media hora después de que la sacaran envuelta en su sábana y el *Güilo* se la llevara al Tambuco.

Cuando se vio sola frente al hombre que en la mesa de apuestas había ganado el derecho de ser el primero, se echó a la cama boca arriba con las piernas abiertas, cerró los ojos y lloró en silencio, no tanto por lo que le estaba pasando —que al fin y al cabo lo sabía de sobra—, sino por la Toña, la única que le había brindado su amistad y a la que le debía el poder garabatear mínimamente su nombre. Y es que la Armida quería algún día llegar a escribir todas esas cosas que poblaban su mente y que le contaba a la Toña en los pocos ratos que se robaba, cuando la seño Torina se encerraba con sus cuentas.

Lloró por todo eso y su desamparo. Cuando se le secaron los ojos, cerró con ellos un capítulo de su vida y nunca más volvió a pensar en sus historias.

Al poco tiempo, se supo que el antillano, en su locura —aunque más bien creo que fue en un momento de lucidez—, se había cavado él mismo su propia fosa, se había enterrado como pudo y se quedó plácidamente dormido bajo la tierra.

Los habitantes de Tecún Umán, La Pequeña Tijuana, como se le conoce por ser ésta, dicen, tan parecida a su homónima del norte, no resintieron jamás la muerte de la Toña, pero sí lograron inquietarse al perder al único enterrador que no cobraba por sus servicios, en un lugar en donde hasta el papel higiénico pasa de contrabando en las balsas que transitan por el río Suchiate, y que hace frontera con Ciudad Hidalgo, Chiapas.